

do, despreciable. El atavismo está siempre en acecho. Bien lo sabemos los criadores de ganado. Pero, aparte de estas causas de regresión, el individuo está expuesto a perder las cualidades excelentes que heredó si el medio en que vive, si las costumbres que adquiere enervan su naturaleza o dejan abierto el camino que conduce a la degeneración. Los que importamos animales sabemos cuán fácilmente pierden éstos sus cualidades nativas, tan pronto como se desmejoran las condiciones de la vida a que estaban acostumbrados. Y no hay razón para que esta ley biológica no se extienda a los hombres. No basta que la cepa sea buena; sin cultivo, sin abono, sin podas oportunas, pronto degenera la planta. Esta idea está detrás de las siguientes palabras del Doctor Michaud: «No es menos cierto que el trabajo forzado es una condición necesaria para el progreso de la raza, su purificación y elevación; y necesariamente renunciará ella a todo esto cuando lo cambie por las delicias de Capua». Las delicias de Capua, he ahí el gran escollo en que naufraga nuestra clase alta, en que naufraga la política, en que está a pique de naufragar nuestra pequeña civilización. Sobre todo en política, es fatal el pernicioso influjo de los goces materiales. Las delicias de Capua son caras, porque no es tanto el gran costo de la vida, cuanto el costo de la gran vida; y la política es un rico filón que da para saciar muchos apetitos bajos y caros. Los pueblos no pueden prescindir de ella; pero hay que convenir en que no es el agente social más eficiente para la purificación y elevación de la raza, a no ser en aquellas dotadas de una constitución moral a prueba de fuego. La energía y las prendas de carácter de nuestros padres las hemos perdido en gran parte; y de ello la política es, en mucho, la responsable. Hemos ganado en cierto barniz de cultura y en comodidades para la vida. Las casas, hasta en los pueblos, están mejor alumbradas, pero es dudoso que se pueda decir otro tanto de las conciencias. Y el decaimiento de la raza no se limita a la política; se extiende a todos los órdenes de actividad social. Perdemos terreno que habían conquistado nuestros padres. Los más aptos que llegan de fuera, nos van haciendo retroceder. Si uno pasea por las calles de la capital, se asombra al ver tanto nombre exótico en los letreros de las casas comerciales. La verdad es que del comercio en grande están casi excluidos los costarricenses. Las minas, los grandes ingenios, las grandes plantaciones, las fábricas industriales, pertenecen, en su casi totalidad, al capital extranjero o están bajo la dominación de extranjeros. Una empresa

como la de F. J. Alvarado & C<sup>o</sup>, o la de don Julio Sánchez o la de la Compañía Eléctrica de Cartago, que sea pertenencia de costarricenses, va siendo caso muy raro. No era eso así antes. No es que yo crea que esa afluencia del elemento extranjero sea un mal. Todo lo contrario; pero a lo que no puedo resignarme es a que, en esta regata de la vida, los yachts que despliegan al viento los colores extranjeros lleven tanta delantera a los nuestros, hasta el punto de que, desde a bordo de aquéllos, parezcan los nuestros inmóviles, anclados.

Lo único de que tenemos monopolio es la política; y aun ese campo de acción se nos va escapando de las manos; y aunque no se nos escapara, la utilidad del tal monopolio no es muy grande, si damos a los valores humanos la estimación debida. A veces pienso que el secreto de la fortuna que favorece a los extranjeros aquí, entre nosotros, es que les están cerradas con pocas salvedades, las puertas de los destinos públicos. Por otra parte, cuando la política es un modo de vivir y de vivir en holganza y no de servir al país, el político bastardea y el buen gobierno no adelanta. Cuando uno medita en estas cosas viene a menudo a la mente el pensamiento desesperado del poeta romano: nuestros padres, peores que nuestros abuelos,

nos engendraron a nosotros; y nosotros, peores que nuestros padres, engendremos a nuestros hijos, que serán peores que nosotros. La esperanza tiene que estar en que el mal radique en la voluntad y no en la incapacidad de la raza. La voluntad se puede templar; la incapacidad nativa no se puede remediar. El Doctor Michaud nos dice que «los enérgicos, los perseverantes serán siempre una minoría. Los faltos de previsión constituyen la regla. Pero la selección natural, si opera libremente, disminuye sin cesar su número». Démoslo esperanza. Siempre será una fuerza pensar que la selección natural,—única fuerza que de la masa homogénea de la familia costarricense, que no es más que una sola, sacó a los hombres que abrieron los cimientos de la república y levantaron sobre ellos el edificio de la civilización que aún nos abriga,—trabaja todavía en nuestro bien; que si hemos hecho alto en el camino, es apenas para tomar huelgo y alcanzar otra cumbre; y que el porvenir será de los mejores, de aquellos que «desde su juventud tomen por regla de conducta la noble divisa: *Excelsior*».

RICARDO JIMÉNEZ

(Revista de Costa Rica, dicbre. de 1919.)

## La Telaraña de Navidad

Para Virginia, hermanita menor, loca y fogosa. En Noche Buena.

ESTA tierra que nos circunda es fluída como el mar. Pacífica y tempestuosa acoge y repele nuestras vidas escanciando sobre ellas la sal penetrante de sus entrañas. Amanecemos una mañana recogidos en la bahía apacible de sol tonificante y al medio día ya han centellado los primeros relámpagos, guías de rayos que ahuecan la vía orientadora. Y no presumíamos la tempestad al rociar nuestros rostros con el agua fresca. Mas ahora, empapados en el centro de un torbellino, sentimos los picotazos de las aves que en bandadas ambulaban por el océano en busca de naufragos.

¿Recordáis a Sibyl Vane?: «Madre, madre, soy tan feliz!» En el desordenado cuarto de una casa humilde la encantadora muchachilla se siente navegar océano adentro en el reino de la felicidad. Anochece con luz de sol y amanece con luz de estrellas ¡ay! pero un día es profunda la tiniebla. Sibyl Vane muere y aquel *Madre, madre*, que la conmoviera al recibir el primer roce de la realidad, resuena en los ámbitos del mundo.

«Hermana, hermana, estoy tan dolorida», es la queja de la enferma de esta historia, que nos recuerda a Sibyl Vane por el contraste profundo en reflexiones, nacidas en recinto predilecto del alma. La mañanita de sol en que conocí a María Eulalia—que así es su nombre—hundida entre almohadones de plumas, pensé melancólicamente en Sibyl Vane muerta al descubrir la realidad de su vida. María Eulalia descubrió la realidad sutil que no la mató a poco de sentirla regarse por todos los resquicios de su vida, sino que le mutiló el cuerpo con enfermedad malvada y horrenda.

¿La historia de siempre? Quizá sí, mas tiene de nuevo el repetirse en espíritu femenino, selecto y bueno. La mañana aquella había en derredor una apacibilidad conmovedora. En la tarde del día anterior había caído el primer aguacero y la tierra abría quién sabe qué glándulas secretas que ponían olor raro en el ambiente. Llegué a la casa de Eulalia guiado por hilo sutil de simpatía. Ella estaba en un cuarto lleno de sol, atendida por su madre a quien pedía vida para concluir un tejido en forma de telaraña, raro y complicado.

«Madre mía, infúndeme vida. No